

EL HOMBRE EN LA CIUDAD

a ANDA por ahí con uno de esos monos de peto y hebillas que suelen utilizar los agricultores de la España húmeda cuando abren la tierra. Pertenece desde hace tres años al movimiento ecologista de su barrio, concretamente desde que se autoproclamó disidente por culpa del leninismo. Todavía no descolgó la reproducción amarillenta de el Guernica de la pared que protege el tresillo de skay, pero sustituyó progresivamente el resto de la iconografía de la resistencia imaginaria por imágenes hermosas a cuatricomía de la

naturaleza paradigmática: poster de una conformista puesta de sol en el coto de Doñana, plano del macizo de los Picos de Europa, cartel de las fiestas de las enramadas sanjuaneras de Guipúzcoa, litografía turística de las Rías Bajas, y apoyado contra la pared, a modo de totem casero, un espectacular tridente del alto León para las faenas de la hierba. O una rueda de carro de bueyes lucense. La bicicleta está en el rellano de la escalera, convenientemente encadenada a la barandilla.

Se le vio recientemente en cabeza de una manifestación organizada por el movimiento ciudadano del barrio, exigiendo más árboles, más césped, menos ruidos callejeros, basta de arquitecturas horrorosas y alienantes, abajo la masificación urbana, por una vida verde. Su gran orgullo es un ficus de metro y medio que crece asimétricamente en el ángulo del salón iluminado por el sol breve de mediodía. Desconfía del agua del grifo, de la refrigeración de la nevera, del calor de la estufa de butano, de la oxigenación de su apartamento, de los sistemas anti-robo, de todos los alimentos etiquetados. No es rigurosamente vegetariano, pero compra sus provisiones en una tienda de toda confianza del barrio viejo que presume de mantener tratos directos con la aldea. Ya se sabe, manzanas lerida-

JUAN CUETO

nas, tomates y lechugas de El Piles, truchas del valle del Esla, espárragos conquenses, leche cuajada al aire alto de la montaña santanderina, embutidos de El Bierzo, queso de Villalón, tartas de Mondoñedo y licor de guindas de El Panadés.

Paletismo a la inversa

Hay más datos. Le horripilan a nuestro hombre del mono los edificios de más de tres plantas. Es francamente alérgico a los supermercados, a los grandes almacenes, a los drugstores, a los Burger King's, al plástico —es famosa en la vecindad su colección de cerámica popular—, a los transportes públicos y privados, a la serialización del objeto y a la cultura de masas. Prefiere la escalera de caracol al ascensor de memoria y el portero cotilla al portero automático. Repite incansablemente que su ideal futuro es la vida en el campo, rodeado de lechugas y de gallinas.

Aunque no lo parezca, que no lo parece, estoy intentando describir objetivamente al arquetipo del nuevo urbanícola de las grandes densidades demográficas por kilómetro cuadrado. Los múltiples especialistas en las múltiples y mareantes ciencias que tratan de la ciudad y sus problemas siguen discutiendo acaloradamente acerca de las características que definen y singularizan sin equivoco al tipo asfáltico en las postrimerías del siglo, a la vera del 2.000. Sospecho que el rasgo diferencial hay que buscarlo del lado de la paradoja. Porque el auténtico *homo urbanus* de ahora mismo es precisamente ese individuo que ha encontrado el sentido de todas las cosas y del mundo en la oposición permanente a los ritos, mitos y símbolos de la gran ciudad. Un ciudadano que siente nostalgia por esa aldea que nunca conoció y por tal razón intenta ruralizar con vehemencia su muy asfáltica cotidianidad, sembrando las paredes de su apartamento y los muros de su barrio con los símbolos elementales de la naturaleza.

Se delata este curioso y paradigmático modelo de urbanícola, industrializado por los cuatro costados, incluso de diaria comunión postindustrial, no

por su desparpajo para moverse en «La jungla del asfalto», como se decía enfáticamente hace unos 20 años, sino por su pasión desmesurada hacia los signos externos de la agricultura decimonónica; dieciochesca a veces. O sea que el nuevo ser metropolitano es esa figura que anda por las calles con trazas de veguero echando pestes contra la vida en la gran ciudad, pertenece a todos los movimientos de protección del habitat campesino y amuebla su conciencia urbana con esa conocida serie de encantadores simulacros campestres, granjeros, labrie-

«Paisaje del silencio», 1974.



EL HOMBRE EN LA CIUDAD

gos, rústicos y aldeanos, seguramente con el objeto de enmascarar su fatal condición megapolitana. En resumen: el tipo asfáltico por antonomasia es el individuo que diariamente, de mil maneras sofisticadas, repite aquel conocido slogan que cuando la autarquía popularizó Paco Martínez Soria: *la ciudad no es para mí*. Un paletismo a la inversa.

Naturalmente no niego la existencia de otros muchos modelos de urbanícola primordial, pero sostengo que el único que jamás abandonará la gran ciudad es justamente ese sujeto disfrazado de Paco Martínez Soria que constantemente manifiesta que un día de estos abandonará la gran ciudad. Del resto no estoy tan seguro.

Utopistas y autopistas

Quién le iba a decir a don Armando Palacio Valdés que llegaría a ser el Tomás Moro de finales del siglo XX. Porque la indiscutible literatura utópica del presente ya no es la que predica la *ciudad libre*: es la que sermoniza el regreso a la *aldea perdida*. El «no lugar» de ahora empieza donde termina el asfalto, en los límites de Amauroto. Era la construcción de un plano sin fisuras de la ciudad geométrica, lo que excitaba la imaginación de los utopistas de antaño. Con el tiempo, los pobladores más contumaces del plano, los usuarios de las autopistas, sueñan con un mapa exótico, radicalmente *desurbanizado*, virgiliano.

Juegos de espacios que suelen acontecer cuando se olfatea una ruptura histórica, o un cambio de paradigma, o la irrupción en el escenario cotidiano de un nuevo hecho de civilización; como lo queramos llamar. Nacieron aquellas utopías de la ciudad ideal —que no desdeñarían, por cierto, la espectacular simetría manhattaniana— en el momento que se resquebraja el mundo feudal y se inicia la consiguiente transformación capitalista de la sociedad. Y surgen estas utopías verdes, del campo ideal, cuando empiezan a detectarse en las avenidas de la metrópoli los signos incontenibles de la era postindustrial, esencialmente por la implantación social de la revolución electrónica. Es decir, se provocan las nuevas ensoñaciones cuando dejan de tener sentido las tradicionales *diferencias urbanas*: esos casticismos de asfalto, folklorismos de barrio, costumbrismos de aceras y bordillos, estéticas de distrito postal, jergas municipales y otras co-

nocidas e insufribles figuras actuales del mito aburrido del *urban character*, acaso aún más necio que los famosos del *national* y del *regional character*, que tanto y tan mal hacen hablar y escribir a «gentes concejiles», en afortunada expresión de Caro Baroja.

Basuras, excrementos, escombros y muertos

Porque si ya es casi imposible eludir esas plúmbeas ruinas del lenguaje que son los *tópicos* cuando se habla del carácter español, extremeño, asturiano, maragato o segoviano, el género —ese género que tanto irritaba a Hume— deviene patético, por lo menos, cuando intenta aplicarse a los grandes asentamientos urbanos. Y chirría el sonido de tamaño lugar común en el más común de los lugares del hombre porque, como se sabe, el verdadero *hecho diferencial* de la ciudad es la *repetición*. Superados los 3.500 habitantes por kilómetro cuadrado se diluyen las peculiaridades urbanas, se anulan los caracteres ciudadanos y se difuminan las personalidades callejeras. Los signos de la ciudad dejan de ser *locales* para convertirse en *universales*. A fin de cuentas, Manhattan, Madrid, Tokio, México D. F., el Gran Bilbao, Barcelona, Roma o París no son más que barrios repetidos de esa Ciudad Universal que ya estamos viviendo planetariamente.

Aunque admito gustoso que también hay ciertos matices diferenciadores. Como recuerda Mumford, y no conviene olvidarlo, la existencia continuada de una gran ciudad depende, primordialmente, «de la sistemática eliminación de las basuras, los excrementos, los escombros y los muertos». Por eso resulta infantil, por lo menos, buscar las diferencias urbanas en la supervivencia del gótico en los barrios viejos y redondos, en los neocostumbrismos de suburbio, en la manera chulapa de llamar las cosas por otro nombre o en la historiografía lírica o barriobajera, que tanto pintan. Es en el modo de combatir la cochambre en donde sí caben casticismos, distingos sutiles del *urban character*, señas de identidad metro-megapolitanas, personalidades de autopista. Porque es evidente que ciertas áreas urbanas destacan por ser incomparables espléndidos desastres en el complejo y vital asunto de la evacuación excremental; otras poseen justa fama diferenciadora por la originalidad de sus artes funerarias, y no pocas intentan colar sus escombros municipales como elementos de atracción turística, solu-

cionando así, a la vez, el espinoso problema burocrático de la recogida de basuras y la ausencia de una tradición artístico-monumental.

O situamos las diferencias urbanas en el lugar que científicamente les corresponde —la pocilga— o incurriremos fatalmente, de nuevo, en la retórica de la novelaría decimonónica. Y no afirmo esto último para sumarme a esa absurda campaña anti-siglo XIX que aquí se ha desatado, no se muy bien por qué ni por quién. Quiero decir: el desfase de la novela decimonónica, su actual imposibilidad, es algo más que una cuestión de historias interesantes o de estilísticas deslumbrantes, como se repite. Ocurre sencillamente que son ya imposibles aquellas ciudades —y sociedades— provincianas que narraron Balzac, Flaubert, Clarín, Galdós, Gogol, Baroja o Unamuno. Esta literatura de finales de siglo —o principios de éste, en los casos de Pérez de Ayala y Gabriel Miró—, que hoy se intenta denostar en hombre de ignoro qué «alternativa» o «modernidad», era, ante todo, *novela de ciudad*. Pero ciudades de escasa envergadura poblacional, vale decir, literariamente «abarcables», que «caban» perfecta, *naturalmente* en las páginas de una novela, y por tal razón —aunque hay bastantes más razones que ahora no vienen al caso, y que algún día habrá que discutir para salir al paso de tanta mentecatez— esa narración que expresaba la ciudad burguesa y provinciana llegó a ser el espacio privilegiado en el que se reconocía míticamente la sociedad provinciana y el lenguaje que hablaba la cultura burguesa.

Nostalgia de la agrociudad

No quedan ya recursos de aquellas precisas ciudades —mejor dicho, sólo quedan los recursos peor o mejor encuadrados— y lo sorprendente es que alguien intente aplicar a estas millonarias dimensiones sociourbanas —eliminadas las diferencias urbanas—, la peculiar escala novelística de Rouen, Vetusta, Orbajosa, Pilares, Yecla o Castro Duro, por mencionar solamente los planos imaginarios más celebrados y discutidos, todos de idéntica enjundia demográfica, siempre inferiores a los 30.000 habitantes y escasa o nulamente industrializados.

Hay algo más que cambio de gusto narrativo o de sensibilidad estilística. Hay cambio de escenario del hecho literario. Y en el que estamos irremediablemente involucrados imperado

das de Leibniz, pretenden reflejar todo el universo con las ventanas cerradas.

La culpa de San Agustín

Y sin embargo, tiene mala prensa la gran ciudad. En realidad, siempre la ciudad terrenal fue objeto de menosprecios y el famoso de Guevara —el «Che» no, el obispo de Mondoñedo— oponiendo la aldea a la corte en la más rigurosa tradición de la utopía moderna, como veíamos antes, no es más que una tardía y pálida muestra de la poca estima que desde antiguo teólogos, obispos, filósofos académicos y escritores festivos manifestaron por lo que *no era campo*, creando el mito de la «naturalidad» rústica y de la «artificialidad» ciudadana. Acaso la culpa de esta generalizada y necia actividad antiurbana la tenga San Agustín —para no remontarme en plan pedante a Ticonio, cuidando, eso sí, de ocultar la fuente: Ferrater Mora—.

Sospecho que la muy maniquea distinción que el ex maniqueo de Tagaste estableció un buen día entre la aérea Ciudad de Dios y la carnal, terrenal y pagana ciudad del diablo, reservando para la que se escribía con minúscula todos los dramas posibles del cosmos, y encerrando en su recinto siniestro a los malditos, influyó decisivamente en esa generalizada animadversión hacia las considerables densidades poblacionales, los grandes almacenes, las luces de neón, las vallas publicitarias, las señales de tráfico, las autopistas altas y veloces, los ferrocarriles subterráneos, las cabinas telefónicas, las actividades cuaternarias, los edificios con ascensor de más de seis teclas, los mendigos de acera con pancartas lacrimógenas, la red audiovisual, la cultura de masas, las máquinas tragaperras, los minicines, los quioscos de prensa y hamburguesas o ese casi infinito catálogo de cosas que comprar, usar, admirar, robar o tirar a la basura municipal de la gran ciudad.

La condición humana es la condición urbana

Escribian San Agustín y compañía desde la divina rusticidad. El caso es que ya únicamente podemos descri-

por la repetición, dominado por lo instantáneo, saturado por la información y colonizado por lo universal— carece de sentido la novela decimonónica, que surgió de y para aquellas *agrocidades* provincianas diferenciadas en lo social, lo cultural, lo histórico y lo estético. Y no me refiero aquí al sentido sociológico o psicológico, sino al de la propia escritura de ficción. A la lógica de lo narrativo. Ni siquiera es posible interpretar como casos aparte esos actuales asentamientos generales llamados Macondo, Comala, Castroforte de Baralla, Uqbar o Región, que los literatos despistados, o poco impuestos en las rigurosas disciplinas urbanísticas, analogarían precipitadamente con la serie famosa de Rouen, Vetusta y etcétera. No confirman la regla, por excepción, estos ejemplos, recientes. Precisamente son excepcionales ejemplos que instauran

la regla y la moda. Esos espacios de García Márquez, Rulfo, Torrente Ballester, Borges o Benet, convertidos en capitales literarias de obligada lectura y referencia, aunque provincianas o pueblerinas, decimonónicas algunas y mágicas casi todas, son justamente lo contrario: son ciudades-Estado, espacios metafóricos de esa universidad que estamos viviendo, planos de escala totalizante, paradigmas narrativos del cambio de paradigma en los límites del espacio textual. Partían los decimonónicos de lo local para acceder al universalismo y se llega hoy al único provincianismo posible, el territorio de lo íntimo, desde la universalidad proclamada de estas ciudades mágicas, pequeñas pero planetarias, y en donde sus personajes —o sus estilemas— son, por encima de cualquier otra consideración, «ciudadanos» del mundo. Microcosmos literarios que, como las móna-

EL HOMBRE EN LA CIUDAD

birnos como entes inmersos en el «fango asfáltico» de la vasta *civitas diaboli*. Para bien o para mal —eso que lo diga San Agustín, que es su oficio— nuestro destino es irreversiblemente urbano, irremediamente metropolitano y previsiblemente megapolitano. El resto, o son utopías encantadoras del hombre del mono o instintivas ucronias de ese mono que todavía los hombres llevamos dentro del alma.

Hay que asumirlo, pero, sobre todo, hay que decirlo. El campo ya no es *lo natural* en las sociedades modernas. Ni la ruralidad, ni la aldea perdida, ni los verdes valles. La naturaleza de la sociedad contemporánea es el medio urbano.

No afirmo, todavía, que llevemos inscrito lo urbano en el código genético. Digo que lo llevamos impreso, y de manera indeleble, en el cerebro. La ruptura con las sociedades «naturales» acontecida hace siglos, la hipercomplejidad y originalidad del desarrollo y organización de la sociedad humana desde el punto de vista de las ciencias de la vida, la biología promorfialmente, han determinado que el ecosistema social —llámese medio urbano, técnico o como se quiera— no solo influya en los modos externos de comportamiento del hombre —lo social, lo cultural o lo político del discurso sociológico mecanicista, behaviorista o metafísico—, sino que afecte de manera importante al propio organismo humano. No invento nada. Ahí están las investigaciones apasionantes de Von Neumann, Jacob, Morin, Waddington, Moscovici et alii para mostrar que *también* lo urbano, al cabo del largo y complejísimo progreso eco-auto-re-organizador de la sociedad, tiene que ser entendido como fenómeno neurocerebral. No es la sociología lo que nos determina como urbanícolas, es la biología.

Insectos contra mamíferos

Utilizar los hombres del mono azul de la utopía verdu, los tópicos socorridos de la ciudad-colmena, el enjambre social, el barrio-avispero, la sociedad-hormiguera o la plaga de la langosta como formas evidentemente denigratorias de la vida metropolitana y de sus tasas demográficas. En un lenguaje que proviene del mundo de los insectos y se pronuncia con la obvia intención de oponerle «malévolamente» al mundo de los mamíferos. O sea: el maravilloso campo de los rumiantes contra la atroz ciudad de los himenóp-

teros. No está mal escogida la analogía descalificativa. Como saben todos los bioantropólogos y algunos sociólogos sin orejas mecanicistas derivadas de la era del ferrocarril, la característica primordial de las sociedades contemporáneas respecto a las arcaicas, y a las de los mamíferos en general, es el factor demográfico. Pues bien, sólo las sociedades de insectos comportan un número tan vasto de individuos como la llamada sociedad humana. Y como recuerda Morin, este denigrado proceso demográfico que nos ha separado de los mamíferos, desencadenado por el desarrollo ecotecnológico del hombre (agricultura, ganadería, etc.) es lo que provocó, por ejemplo, la formación de las ciudades, la constitución de las naciones y de todos los aparatos sociales, la división del trabajo, las reglas culturales y otras minucias que, eso sí, pueden interpretarse positiva o negativamente, pero que ya, qué se le va a hacer, no tienen vuelta de hoja de parra del Edén.

Crear que el modelo social mamífero es más deseable que el insectil, es cuestión de gustos y de ingenio literario. Lo cierto es que ni siquiera una catástrofe demográfica hipernuclear, con la consiguiente fabulación demográfica sería capaz de devolvernos a la paz mamífera. Lo que inmediatamente haría el superviviente de la sociedad contemporánea, después de quitarse el polvo de encima, sería cavar los cimientos del primer edificio con ascensor de la futura ciudad. Otra historia distinta es que se considere preferible la organización social del hormiguero

«Amenaza al amanecer», 1973.



a la de la colmena, o la vida de los coleópteros diurnos y voladores a la de los nocturnos y suburbanos.

El gran teatro del mundo

Suelen olvidar frecuentemente los urbanícolas que detestan en público esa ciudad inevitable que llevan inscrita en los dos hemisferios cerebrales, que hay gentes no del todo despreciables que sentimos por la flora y fauna metropolitana el mismo entusiasmo estético que ellos por los signos o simulacros de la naturaleza; incluso de la historia, o sea decir, que no entiendo yo muy bien por qué una estela funeraria del País Vasco, un capitel románico segoviano, el gótico tardío asturiano o una fachada rococó andaluza han de ser *necesariamente* objetos culturales más estimados que un rascacielos de Manhattan, una cabina telefónica londinense, una valla publicitaria madrileña, la arquitectura electrográfica de los grandes almacenes o el gótico industrial de Avilés.

Y esto, al margen de lo ya sabido, que esa ciudad que tarda en atravesarse, por lo menos, 45 minutos es un verdadero espectáculo, lugar de todas las actividades sociales imaginables —algunas francamente inimaginables—, espacio inexcusable de la actual comunicación —elitista o de masas—, centro de la moderna industria, ocasión de aventuras todavía más apasionantes que las de las velas y de las selvas, escenario en el que diariamente se representa con pelos y señales el gran teatro del mundo contemporáneo, y toda esa retahíla de argumentos que esgrimen los sociólogos y los economistas: la conocida cantinela de las sociologías internas y de las economías externas.

El problema verdadero de las grandes ciudades no está en la masificación insecticida, en la contaminación más o menos mortal, el alejamiento progresivo de las materias primas, en la arquitectura aburrida, en la urbanización descabellada, en la especulación salvaje o en ese etcétera que conocemos de memoria. Todo eso tiene arreglo.

La aberración está en esos simulacros de rusticidad que ponen el asfalto perdido de ingenuas utopías verdes que sólo conducen al infarto si se toman muy en serio, o a decorar el piso-chalet como si se tratara de una granja de las que aparecen en las revistas de la moda mujeril, a base de chismes rústicos comprados en Galerías Preciados. ■ J. C.

Ilustración de ORCAJO